

GENARO.

¿Así?

VIEJO.

Así.

GENARO (*agitado*).

¿Contorno fácil  
En los carrillos? . . . dos hoyos  
Que al sonreirse se hacen  
Graciosísimos? . . . la barba  
Con dos pequeños lunares  
Que apenas se ven?

VIEJO.

Cabal.

¿Pero qué os da? con el lápiz  
Vais arañando el papel:  
Vais el bosquejo á borrarle!

Así exclamaba el anciano,  
Al dibujo abalanzándose,  
Mientras Genaro convulso  
Se agitaba dibujándole.  
No le rompáis, le gritaba  
El viejo trémulo, dádmele.  
Y Genaro con voz ronca,  
Sofocada y anhelante,  
—¿Es eso? gritó, el retrato  
De su querida mostrándole.  
—¿Es ella! es ella! exclamaba  
El viejo; pero mas grande,  
De bulto es como lo quiero.  
—Sí, vive Dios, (levantándose  
Gritó Genaro), os comprendo,  
Quereis un bulto palpable,  
Que os presente superficie  
Para abrazarle y besarle.  
¿Ira de Dios! ¿esto, es esto  
Lo que quereis? y agarrándole  
Por las muñecas, llevóle  
De su talisman delante.  
Abrió furioso la caja  
Y ¡oh pasmo! en lugar de hallarse  
Con la cabeza de plata,  
Hallaron bañada en sangre  
La propia de Valentina;  
Su aparicion formidable.  
—¿Mi pupila! exclamó el viejo  
Aterrado arrojándose.  
¿El juez! exclamó Genaro,  
¿Eres tú, tú, miserable,  
Su asesino! Sí, sí, el cielo  
Te ha echado al rostro su sangre!  
Y cayó desvanecido  
Sin voz, y sin vida casi.

Duró el silencio un momento  
Hasta que al fin levantándose,  
Se avanzó el viejo á la puerta,  
Mas Federico atajándole  
Le asió del cuello diciéndole:  
Conmigo irás, miserable,  
Yo te llevaré arrastrando.—  
—¿Adónde?

—A los tribunales.

## CONCLUSION.

Dicen que el escultor se sintió herido  
De enfermedad mortal desde aquel dia,  
Y á la par que su aliento se estingua,  
Menguaba su sangriento talisman.  
Su amigo revolvió toda Sevilla,  
Y á Genaro llevó cinco doctores,  
Mas á pesar de ser de los mejores,  
Inútil fué por fin todo su afan.

Genaro, sin dolor y sin angustia,  
Se consumia lenta y dulcemente,  
Como se estingue el agua en una fuente,  
En el árido estío abrasador.  
Ni drogas, ni remedios admitia,  
Y con el mal oculto no atinando  
Del lado del enfermo retirando  
Poco á poco se fué cada doctor.

Y un dia que miraba Federico  
Desde el balcon la plaza, de repente  
Gran tropel de soldados y de gente  
Vió por un callejon desembocar.  
Era una *ejecucion*. Venia el reo  
Sobre un asnillo viejo maniatado,  
Y un monje carmelita iba á su lado,  
A quien no quiere el réprobo escuchar.

Sorbióse Federico un ancho vaso  
De esquisito Jerez, que á mano estaba,  
Y la escena confuso contemplaba,  
Al reo imaginando conocer.  
“Veto á Dios! (exclamó, cuando subiendo  
“Clara su forma vió sobre el suplicio):  
“Es el tutor. . . ¡pardiez! y está muriendo  
“Como un pagano vil. . . ¡Cómo ha de ser!

“Yo quise que sus crímenes pagara  
“Como era justo; pero si él no quiere  
“Morir como hombre, y como perro muere,  
“Allá se las avenga el confesor.”  
Y esto al decir, para borrar la odiosa  
Repugnante vision del triste caso,  
Echóse á pechos el segundo vaso,  
Sin dejar una gota del licor.

Y entonces vió que al espirar el reo,  
Cruzando el aire trasparente y claro,  
Las almas del tutor y de Genaro  
Fueron al tribunal de Jehová.  
Un meteoro impuro en sus vapores  
El ánima del viejo conducia,  
Y de Genaro el ánima subia  
Cual nube blanca que en el viento va.

Por la estraña vision sobresaltado,  
Rápido fué del escultor al lecho,  
Mas vida ni calor halló en su pecho,  
Ni encontró junto á él su talisman.  
Y á pesar del licor que le turbaba,  
Encima de sus míseros despojos,  
Llanto vertieron sus henchidos ojos,  
Prensó su pecho doloroso afan.

Jamas supo esplicarse aquella idea:  
Y él hundió en el misterio mas profundo  
Cómo salió Genaro de este mundo  
Y el *talisman* de plata de una vez.

Y siempre que en su mente la memoria  
De la vision fatal se renovaba,  
Dudando de sí mismo murmuraba:  
“¿Los demonios tenia aquel Jerez!”

## EL MONTERO DE ESPINOSA.

## LEYENDA HISTORICA.

DOS PALABRAS DEL AUTOR

A D. CARLOS LATORRE.

Querido amigo:

Hé aquí estendido sobre el papel el pensamien-  
to del talisman, de que tanto te pagaste cuando  
te lo anuncié. A tí, pues, va dedicado, como peque-  
ña muestra del aprecio en que te tengo; y ojalá que  
el escrito te agrade tanto como te agradó su argu-  
mento.

Y aconséjote de camino, que no hagas caso del  
sitio en que coloco esta dedicatoria; porque bien  
sea prólogo, ó bien epílogo, siempre será la expresion  
sincera del cariño que te guarda tu buen  
amigo

JOSE ZORRILLA.

Lector, si haces memoria,  
Y mis leyendas por fortuna mia  
Has leído algun dia,  
Recordarás la historia  
De una linda francesa  
Que á Burgos traje para ser condesa.  
De ella te voy hablar, pues aunque entrada  
En el sétimo lustro de su vida  
Todavía era hermosa y muy querida,  
Y de gente cabal galanteada.

Francesa fué, por consiguiente á España  
Si no enemiga, á la verdad estraña.  
Que aunque es la patria tan abstracta cosa,  
Que á gozarla jamas ninguno llega,  
Allá á su modo cada cual la juega,  
Cual la vé para sí mas ventajosa.  
El mas pobre mendigo,  
En su miseria por lo menos quiere  
De su patria el amor llevar consigo,  
Aunque sea no mas para testigo  
De que en su patria de miseria muere.

Esto es por lo que atañe al buen patriota,  
Que en cuanto al extranjero  
Los derechos de tal bizarro acota,  
Do encuentra al ciudadano don dinero;  
Mucho entonces de fé y de patriotismo,  
Y al punto que lo atrapa,  
Oró y patriota caen en el abismo  
Donde, por Dios, que no darán con ellos  
Los mismísimos monjes de la Trapa  
Con oracion, conjuro ni exorcismo.  
Y en cuanto á nuestra España y los franceses,  
Bien claro la esperiencia nos lo habla,  
Lo poco que á sus garras defendimos  
Lo salvamos á nado en una tabla.

Mas porque no imagines que lo dicho  
Es hijo ¡oh buen lector! de algun capricho,  
Voy á contarte, pues aquí interesa,  
Lo que hizo en su condado de Castilla,  
Madre del conde actual, la tal francesa.  
Lee, pues, y considera claramente  
Lo que ha sido y será por mientras dure  
En nuestra España la extranjera gente.

Y permite de paso  
Que te advierta, lector, que de nosotros  
Esto mismo y aun mas dirán acaso,  
Y no sé yo si con razon, los otros.  
Pero tal es el mundo, y es un hecho  
Que cuando muchos á la par pleitean,  
Por despechadas que sus causas sean,  
Todos se creen con el mejor derecho.  
Pero basta, por Dios, de digresiones,  
Y entremos en materia,  
Que el caso es grave y nuestra historia seria.

Gobernaba con próspera fortuna  
En Castilla el leal Sancho García,  
Atropellando audaz la media luna  
Do quier que al campo por su m al salía.  
Acechaban los moros sus fronteras

Como tigres hambrientos;  
Y vían desde lejos sus banderas  
Libres flotando al soplo de los vientos,  
Y en la sangre teñidas  
De sus haces vencidas.  
A merced de estos lances venturosos,  
Todo era gozo, y dicha, y bienandanza  
Por cuanto el linde de Castilla alcanza.  
Mas ¡cuánto son precarios y engañosos  
Los augurios del bien de la esperanza,  
Y cuanto ¡ay Dios! las dichas terrenales  
Espuestas al impulso de los males,  
Y sujetas á cambio y á mudanza!  
Oigamos para prueba incontestable  
Lo que una noche hablaban á una reja  
Un paje de don Sancho y una amable  
Y hermosa dama que de amor le escucha  
Plática dulce con paciencia mucha;  
Y las palabras nos dirán de *Estrella*,  
Lo que ignoraba aún *Sancho Montero*,  
Que aquel era, lector, el nombre de ella,  
Y este el nombre también del caballero.

ESTRELLA.

Pues bien, Sancho, ya que celos  
Me pides con tal furor,  
Fuerza es aclarar tu error.  
¡Perdónenmelo los cielos!  
Un hombre me dices que entra  
De noche por mi ventana,  
Y sale muy de mañana:  
Causa tu furor encuentra  
Para irritarse, es así;  
Entra en mi aposento un hombre,  
Pero que entre no te asombre,  
Sancho, que no entra por mí.

SANCHO MONTERO.

¡Pues cómo, mujer liviana,  
Si la verdad no contestas,  
He de creer tus protestas  
Cuando es tuya la ventana?

ESTRELLA.

Montero, vamos despacio,  
Que aunque la ventana es mía,  
Ni de noche ni de día  
Vivo yo sola en palacio.  
Y no pongas en un potro  
Tu discurso, buen Montero,  
Por donde entras tú primero  
Puede despues entrar otro;  
Y segun, Sancho, á mi cita  
Vienes, el parque asaltando,  
Puede estar otro aguardando  
Hora para otra visita.

SANCHO MONTERO.

Todo eso está bien, Estrella,  
Que los hombres somos dos  
Ya lo veo, ¡voto á Dios!  
Mas si tú no, ¿quién es ella?

ESTRELLA.

Secreto debiera ser

Ese nombre, mas Montero,  
Si tú lo quieres. . . . .

SANCHO MONTERO.

Lo quiero.

ESTRELLA.

Secreto lo has de tener,  
Y ni en tu última hora  
Lo digas ni al confesor.

SANCHO MONTERO.

Lo juro.

ESTRELLA.

Pues de tu error  
Es la causa mi señora.

SANCHO MONTERO.

¡La condesa?

ESTRELLA.

La condesa.

SANCHO MONTERO.

¡La madre de don García?  
Tú mientes.

ESTRELLA.

¡Por vida mía!

Que así me trateis me pesa.  
Considerad, señor Sancho,  
Que aun cuando yo lo negara,  
Con mi palabra bastara,  
Y aun os viniera muy ancho.

SANCHO MONTERO.

Perdóname, dulce Estrella,  
Lo osado por lo celoso,  
Que me es en verdad penoso  
Pensar tal infamia en ella.  
Que á fé que mal corresponde  
A quien en desman tamaño,  
Si no por su propio daño,  
Por honra de su hijo el Conde.  
El querer de una doncella  
Si es casto, el amor lo escuda,  
Mas ella, condesa y viuda,  
Pide mas recato, Estrella.  
Y está en la ley prevenido:  
Si el hijo ha de gobernar,  
La madre no ha de tomar  
En su gobierno marido.

ESTRELLA.

¡Ay, Sancho, que tú no alcanzas  
Lo que su amor me atribula,  
Porque es un amor que anula  
Aun sus mismas esperanzas!

SANCHO MONTERO.

Estrella, no te comprendo.

ESTRELLA.

Pues óyeme, Sancho, bien,  
Y el cielo me olvide, amen,  
Cuanto mal estoy haciendo.  
Yo, por servirla no mas,

Y por velar su deshonra,  
Estoy prendiendo mi honra  
En un cabello quizás.

Yo, por contentar su afán,  
Presto, protegiendo á ese hombre,  
Con mi aposento mi nombre,  
Y corre por mi galán.

Mas no es esto, Sancho mio,  
Lo que el alma me atormenta,  
Que yo ayudara contenta  
De una amiga un desvarío.

Mas yo arriesgo mi decoro,  
Y arrostro, Sancho, tus celos,  
¡Y por quién abogo? ¡cielos!  
¡Por quién, Sancho? por un moro.

SANCHO MONTERO.

Estrella, ¿te has vuelto loca?  
¡Moro dices?

ESTRELLA.

¡Ay de mí!

Ojala no fuera así  
Lo que te dice mi boca.  
Ese Muza, embajador  
Del rey moro de Sevilla,  
Es el galán.

SANCHO MONTERO.

¡Qué mancilla

Para dama de su honor!  
Un moro! por Dios, Estrella  
Que al conde lo he de contar.

ESTRELLA.

Nos vas, Montero, á matar.

SANCHO MONTERO.

¡Ay! quién te ganó por ella?  
¿Quién puso en tu pensamiento  
Tan villana aberración?  
¿Quién puso en tu corazón  
Tan torpe consentimiento?

ESTRELLA.

¿Quién mas que mi desventura!  
Me acogió desde mi infancia,  
Y desde vino de Francia  
No la he concebido impura.

No tengo madre, Montero,  
Y ella de tal me sirvió:  
¿Negarla pudiera yo  
Lo que hizo por mí primero?

Supo ella nuestro amor antes,  
Y velándolo á su hijo,  
—Obrad prudentes, me dijo,  
Y sed dichosos amantes.—

SANCHO MONTERO.

¡Fatal complacencia fué!  
Mas ya es tarde, hasta mañana.  
Dios quiera que tu ventana  
Gravé pesar no nos dé.

Y partiendo el caballero,  
Ceró sus vidrios la bella,

Siguiendo al traves su huella  
Por un torcido sendero.

Está la noche tranquila,  
Aunque embozada la luna,  
Y encapotado como ella,  
Está junto al parque Muza,  
En pardo alquicel envuelta  
Su conocida figura,  
Y bajo el casco escondida  
Su cabeza (que á la turbia  
Luz de una pálida estrella,  
Conocería sin duda  
El mas topo en el turbante,  
Si en él la llevara oculta),  
La seña impaciente aguarda,  
Que le harán para que suba,  
Las manos de quien espera  
Asir amante las suyas.  
De arriba á abajo pasea,  
Pero con tanta cordura,  
Que ni sus pasos se sienten,  
Ni de una á otra esquina cruza.  
Solo su amor le acompaña,  
Y solo su amor segunda  
Con su audacia y con su alfanje,  
De una mujer la locura.

Locura, sí, porque es mengua,  
Y rabia causa y angustia,  
Que así en el cieno se arrastre  
Dama de tan noble cuna.  
Locura sí, porque vela  
Detras de la colgadura  
De su balcon la condesa,  
Que de tardanza le acusa.  
Con gran cautela á los vidrios  
(Que no es estremada nunca)  
Continuamente se asoma,  
De que ha de venir segura.  
Y entre la luz y los vidrios  
Pasando, mientras calcula  
El tiempo que huye, su sombra  
Sobre el cristal se dibuja.

Y en los iguales períodos  
Con que aparece y se ofusca,  
Se ve bien que se pasea  
Tal vez sin paciencia mucha.  
Por fin, tornando á asomarse,  
Acaso vió lo que busca,  
Porque cerró la ventana  
Con golpe que priesa anuncia.  
Faltó al punto la luz de ella  
Y apareció en la segunda  
Ventana, que está sin rejas  
Mas abajo de la suya.  
Sonó una palmada á poco,  
Y como está á poca altura  
Fácil halló la subida  
El enamorado Muza.  
Mas presto á bajar volviera  
Si alcanzara por ventura  
A ver que un hombre aparece  
En el punto en que él se oculta.

Sí, guarecido en lo espeso  
De la oscuridad nocturna,  
A la ventana se acerca  
De otro hombre la sombra muda.  
Sombra que avanza despacio,  
Pero con planta segura,  
Como quien sabe la tierra  
Por donde camina á oscuras.  
Al eco de sus pisadas  
Con desolacion profunda  
Una mujer sacó á medias  
La cara, que el miedo turba,  
A cuyo punto el que viene  
Con voz al caso oportuna,  
Dijo y en tono intermedio  
De afirmativa y pregunta:

SANCHO MONTERO.

Estrella!

ESTRELLA.

¡Sancho!

SANCHO.

¡Silencio!

ESTRELLA.

Por Dios, Sancho, disimula  
Si es que has visto . . .

SANCHO MONTERO.

Todo, Estrella  
Y estáme ahogando la furia.

ESTRELLA.

¡Por Dios Sancho!

SANCHO MONTERO.

Nada temas.

No con fuerza, con industria  
Espero cortar los hilos  
Que tal escándalo anudan.  
¡Por quién te pondrás, Estrella,  
Por ella ó por mí?

ESTRELLA.

¡Eso dudas?

La vida diera gustosa  
Con una palabra tuya.

SANCHO MONTERO.

Pues bien, Estrella, si me amas  
Y si confianza alguna  
Te inspira la idolatría  
Que mi pasión te tributa;  
En vez de guardar la reja  
De una sorpresa importuna,  
Guarda la puerta á su cuarto,  
Y cuanto digan escucha.  
Yo respondo de que nadie  
Por reja ni escala suba,  
Con tal de que me repitas  
Sus palabras una á una.

ESTRELLA.

Y qué te importa?

SANCHO MONTERO.

Va en ello,

Estrella, nuestra ventura.

ESTRELLA.

Enhorabuena.

SANCHO MONTERO.

Ya tardas.

ESTRELLA.

Guárdame, pues.

SANCHO MONTERO.

Pues escucha.

Quedó junto á la ventana  
Montero de centinela,  
Y junto á la cerradura  
Se puso á escuchar Estrella.  
Abajo Montero inmóvil  
Permanece en las tinieblas  
Y arriba por los resquicios  
Ella la vista endereza.  
El, allá abajo inmutable  
Como una estatua de piedra:  
Ella allá arriba con ansia  
Toda arrobada de atenta.  
Mas poco oír la permite  
La bien encajada puerta,  
Y poco pasó á su vista  
De la cerradura estrecha;  
Mas mucho puede un deseo  
En cuyo logro interesa  
Grave peligro ó bien grave  
Quien firmemente desea.  
Así que al par aplicando  
Con oportuna destreza  
Ya el ojo para mirar,  
Ya para escuchar la oreja,  
Logró entender, si no cuanto  
Su curiosidad quisiera,  
Cuanto hasta á quien importa  
Para que todo lo entienda.  
Y las frases que á pedazos  
Hasta su escondite llegan,  
Con algunas adiciones  
O supresiones son estas.

LA CONDESA.

¡No hay otro medio?

MUZA.

No hay otro.

Mientras él viva, condesa,  
Prendida tenemos ambos  
En un hilo la existencia.  
Mi amor para tí es sin freno,  
Te adoro, sultana bella,  
Y si en decidirte tardas  
Sin tí me aparto á mi tierra,  
No puedo mas en Castilla  
Permanecer sin sospecha,  
Pues concluí mi embajada  
Y va á encenderse la guerra.  
Mi rey en Córdoba tiene

Gente mucha y muy resuelta,  
Que vendrá á poner de Burgos  
La corona en tu cabeza.  
¡Qué me respondes? decidete;  
Dentro de tu casa mesma  
Tú vives tiranizada,  
Obedeces y no reinas.  
Privada de los placeres,  
De los saraos y las fiestas,  
Por viuda al llanto y al luto  
Las costumbres te condenan.  
Eres hermosa y amante,  
¡Por qué has de pasar por sierva  
Donde, si quieres, mañana  
Puedes mandar como reina?  
Así nuestro amor logrado,  
Ventajas logrará inmensas  
Tu condado de Castilla:  
Pues en paz con sus fronteras,  
Tus pueblos tendrán tranquilos  
La paz que con ansia anhelan.

Calló aquí el moro, y tras grave  
Meditacion, la condesa,  
Como quien duda en lo que habla,  
Repuso de esta manera:

LA CONDESA.

¡A qué ocultarlo, buen moro?  
Demasiado lo confiesan  
Las lágrimas de mis ojos,  
Y las voces de mi lengua.  
Yo te amo: poco á mis ansias  
La corona es de condesa;  
Para ceñirla á tus sienes  
Ansiara imperial diadema.  
Pero si yo abro de Burgos  
A tus árabes las puertas,  
¿Cómo reinan en Castilla,  
A no conquistarla entera?  
¿Cómo estarán los cristianos  
Sumisos á quien los venda?  
No, harán para rebelarse,  
Un fuerte de cada piedra.  
Tu rey querrá en la conquista  
Llevarse la mejor presa,  
Y si es una infamia todo,  
Huir es la mas pequeña.

MUZA.

¡Huir, sultana, qué dices?  
¡Adónde, infeliz, huyeras,  
Que esclava no te contáras,  
Si no te contáras muerta?  
¡Huir! ¡acaso por miedo  
De que traidora te hicieran  
A una patria que no es tuya  
Pues no nacistes en ella?  
¡Ignoras que esos villanos  
Que ante tu faz se prosternan,  
Maldicen allá á sus solas  
Tu noble cuna francesa?

LA CONDESA.

¡Esclavos!

MUZA.

Sí, esclavos tuyos,  
Puesto que ellos son tu herencia,  
Y venderlos y comprarlos  
Justo es que á tu antojo puedas.

CONDESA.

Sí, justo seria, ¡oh Muza!  
Mas muy arriesgado fuera  
Tal intentar, porque al cabo,  
¡Quién sabe el fin de una guerra!  
Si no hay mas medio.

MUZA.

¡Ah, sultana!

Mas que tus ángeles bella,  
Mas necesaria á mi vida  
Que el sol y el agua á la tierra,  
Aquí á tus plantas de hinojos  
Te juro las manos puestas,  
Sobre el corazón, que en vano  
Mi alma en huirte se esfuerza.  
Es separarme de tí  
Llevarme á una muerte cierta:  
Luz de mis ojos, el mundo  
Sin ellos está en tinieblas:  
Sin freno en esta pasión,  
Te adoro, sultana bella,  
Y si en decidirte tardas,  
Morir sin tí será fuerza.

CONDESA.

¡Ah, no, muramos entrambos!

MUZA.

¡Y el conde?

CONDESA.

En Burgos se queda.

MUZA.

¡Y quién de él, si te reclama,  
Nos salva?

CONDESA.

¡Maldito sea!

Callaron ambos un punto,  
Y á poco rato en voz trémula,  
Dijo el moro, como quien  
Prenda involuntaria suelta.

MUZA.

Si al cabo . . . . .

CONDESA.

¿Qué?

MUZA.

En este pomo  
Supremo licor se encierra,  
Que sirve sin mas peligro  
A quien le usa con destreza.

CONDESA.

A ver.

MUZA.

De un modo adormece,  
Y usado de otra manera . . . . .